

SÁNCHEZ IBÁÑEZ, José Ángel: “La narrativa contemporánea en aragonés (panorama incompleto)”,
Luenga & fablas, 21 (2017), pp. 7-26.

La narrativa contemporánea en aragonés (panorama incompleto)

José Ángel SÁNCHEZ IBÁÑEZ
(*Universidad de Zaragoza*)

Resumen: Breve panorama de la literatura narrativa contemporánea en aragonés, con particular atención a algunos de sus rasgos, cauces y tendencias más representativos o sobresalientes.

Palabras clave: Literatura narrativa. Lengua aragonesa.

Abstract: Brief outlook of contemporary narrative literature in aragonese, with a particular focus on some of its most representative or outstanding traits, courses and trends.

Key words: Narrative literature. Aragonese language.

Resumen: Breu panorama d'a literatura narratiba contemporania en aragonés, con particular ficazio á belunas d'as suyas trazas, cauzes e tendencias más representatibos u sobresaliens.

Parolas clau: Literatura narratiba. Luenga aragonesa.

En las páginas que siguen se recoge, parcialmente modificado y notablemente ampliado, el texto de la ponencia que me cupo mantener en la “VII Trobada d’estudios e rechiras arredol d’a luenga aragonesa e a suya literatura” (Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 20 al 22 de octubre de 2016). Amparada bajo el título “La narrativa contemporánea en aragonés”, dicha ponencia se orientó hacia el trazado de un panorama amplio, de conjunto, de los rasgos, cauces y tendencias que resultaban –y resultan, pues prácticamente en nada han cambiado durante el todavía muy poco tiempo transcurrido de entonces a hoy– más acusados dentro del terreno que su ambicioso lema inicial acotaba. Un examen amplio y de conjunto, decía; pero a la vez, y justamente en virtud de ese alcance tan general, necesariamente sintético, forzosamente incompleto. De ahí la cautela que supone añadir ahora la precisión que, entre paréntesis, subtitula estas páginas, y que resulta sin duda mucho más ajustada a la realidad del presente texto. Para cuya redacción he retomado asimismo algunas ideas, y también algunas líneas, que ya tuve ocasión de exponer en otra charla anterior, no publicada. Llevaba esta por título “Panorama actual de la literatura en aragonés”, y se enmarcó en las “Jornadas de presentación del *Tesoro d’a luenga aragonesa* en la red” (Huesca, 21 y 28 de febrero de 2014) con que

el Instituto de Estudios Altoaragoneses quiso conmemorar, hace ya tres años, el Día Internacional de la Lengua Materna. Por último, he considerado oportuno incorporar también bosquejos y notas, mentales o textuales, que proceden de otros trabajos de diverso signo, algunos de ellos todavía en curso, o bien de mis clases en el Diploma de Especialización en Filología Aragonesa que la Universidad de Zaragoza acoge en su Facultad de Ciencias Humanas y de la Educación del campus de Huesca.

Poner en limpio y encaminar hacia lo escrito un texto destinado en origen a su comunicación oral es siempre una tarea delicada. Opto por una solución intermedia, aunque no estoy seguro de haberla culminado con fortuna. He querido respetar en gran medida el tono propio de la disertación oral –había también, como enseguida se verá, motivos personales para hacerlo así–, sin dejar de lado la fluidez inherente a la charla; lo que comporta asimismo un cierto *capriccio* en el ir y venir de los asuntos que aquí se tratan. Pero, obviamente, he transformado en buena parte el conjunto de la intervención, añadiendo, además, un mínimo de aparato bibliográfico y conceptual que en su momento no parecía oportuno para la exposición ante el público congregado en la sala; y afinando o precisando, con musculatura académica más trabajada, muchas afirmaciones que ante aquel mismo público se emitieron. Mi propósito ha sido el de conjugar lo que de bueno ofrecen estos varios registros. No sé si lo he logrado. Por esas mismas razones he querido mantener la primera persona enunciativa. Y espero que tal rasgo de estilo no devenga en un exceso egocéntrico, del todo ajeno a mi intención.

A modo de pórtico, querría apuntar de forma breve algunas consideraciones que solo tangencialmente se mencionaron en el curso expositivo de la ponencia, y a las que no creo inoportuno dedicar unas líneas ahora, en esta versión escrita. Pues siempre conviene recordar que en contra de la narrativa en aragonés –como de toda su literatura– juegan varios factores contextuales, fundamentalmente de corte social, tanto en el orden sincrónico como en el diacrónico. Factores que han esbozado ya de manera razonable algunos artículos de conjunto¹, si bien requerirían una mayor elucidación que, desde luego, excede los límites de un trabajo como este, centrado en la producción textual efectiva. Destacaré solo dos de tales condicionantes, también porque me parecen evidentes y de cuando en cuando no está de más recordar, y aun explicar, lo evidente. Para que siga siéndolo y por ello mismo siente una base interpretativa sobre la que construir ulteriores asertos.

Las dos cuestiones aludidas –de las que arrancan además otras consideraciones que enseguida veremos– son, ante todo, la escasez de hablantes, tanto patrimoniales como incorporados, una escasez que, naturalmente, se traduce en muy poco público lector potencial y, por consiguiente, en la parvedad del mercado editorial. Más aún cuando a menudo el escritor piensa solamente, o de manera muy principal, en el público vinculado con el dialecto local (cf. LAÍNEZ, 1999b: 329). Estos dos factores no pesan tanto, creo, en el origen histórico de la narrativa, muy lastrado por otros motivos, como en su posterior desarrollo, que encuentra pocos estímulos ajenos –los premios son acaso la excepción– al de la propia pulsión de la escritura. Al hilo de esta simplificación abocetada de unos aspectos que darían, sin duda, para más larga

¹ Por ejemplo, CASTÁN / PARICIO, 2008. En menor medida y con trazado más sinuoso, LAÍNEZ, 2001-2002, que resume y perfila otros trabajos previos del mismo autor (de los que merece la pena retener especialmente, y por este mismo orden, 1999a: 366-367, y 1999b: 328, 329).

reflexión, también puede señalarse el carácter esporádico o discontinuo que en sus afanes creativos manifiestan muchos escritores en aragonés, sea cual sea la variante lingüística que empleen. Pero me parece un problema menos acucioso –y bastante lógico, si bien se mira–, ya que en buena medida viene mitigado por dos situaciones nada inusuales en el campo literario del aragonés. Por un lado, la incorporación tardía de algunos autores: es el caso de Chuana Coscujuela (BARREIRO, 2010: 329-330), pero también el mucho más reciente de Severino Pallaruelo. Y por otro, el regreso a la pluma tras un largo tiempo de silencio, como ejemplifica bien Ánchel Conte (BARREIRO, 2010: 320-321) y, en cierto modo, el guadianesco e impredecible Carlos Diest (BARREIRO, 2010: 351-352). Permítaseme, de hecho, sostener un enfoque serenamente optimista de todo el asunto: porque si se enjuicia la literatura en aragonés con la mira puesta en el número de hablantes de esta lengua, lo que quizás resulte sorprendente de por sí es que haya tantas obras perfectamente homologables a las de otras literaturas aledañas, mucho más amplias ya desde su misma base de potenciales productores y lectores. La compuesta en castellano, sin ir más lejos, pues suele ser la que sirve a los escritores en aragonés como horizonte referencial. Perfectamente homologables, decía, por cuanto se trata de obras que tan apenas manifiestan los achaques inherentes a las lenguas minorizadas, y cuyos autores, nada aquejados de diglosia, se desplazan con resolución fuera de los márgenes de expresión y contenidos que se suponen característicos de una “letteratura non canonizzata” (EVEN-ZOHAR, 1975), como lo es esta. Sobre todo ello se volverá en las páginas subsiguientes.

Por razones análogas tampoco creo que resulte especialmente grave, aunque a veces se haya señalado con acento amargo, la relativamente escasa incorporación de autores jóvenes al elenco de los escritores en aragonés. Se produce, claro está, con lógica parsimonia; pero nombres como los de Chaime Capablo, Iris Orosia Campos o Jara Lascorz bastan para garantizar que la literatura narrativa continúa tentando a los escritores de las generaciones jóvenes. Y quizás no haya que considerar casual que en ese mínimo muestrario, fiado al puro albur de la memoria, ostenten mayoría las mujeres. Porque la literatura en aragonés resulta ser, en gran medida, territorio femenino.

* * *

Constituye todo un placer –o mejor: un privilegio– intervenir como ponente en estos encuentros, ya venturosamente sistemáticos, acerca de la lengua aragonesa y su literatura, que celebran ahora su séptima edición y cubren con ello un buen número de años de trabajo y reflexión. Trabajo y reflexión que han dejado, poco a poco, su sello en las investigaciones sobre la lengua aragonesa, en sus diversas facetas y enfoques. Entre ellos, claro está, la literatura. A las publicaciones impresas que de aquí han emanado me remito².

Es, por lo tanto, un honor hablarles desde esta tribuna. Y empezaré recordando, ante todo, a un buen amigo castellonense, Josep Vicent Alagarda i Lengua, aficionado reciente pero entusiasta a “esto de la fabla”, si me permiten la expresión. Curioso por naturaleza, lo era también al indagar en las cosas de las lenguas románicas de

² Los tres primeros encuentros (1997, 1999 y 2001) se resolvieron en actas independientes: NAGORE *et al.*, eds, 1999, 2001; y NAGORE, ed., 2004. Los tres siguientes (2004, 2008 y 2011) repartieron sus materiales entre varias entregas cuasimonográficas de *Luenga & fablas* (núm. 8-9 [2004-2005], 12-13 [2008-2009], 15-16 [2011-2012], 17-18 [2013-2014]) y, en menor medida, también del anuario de filología *Alazet*.

la antigua Corona de Aragón; informante amable y minucioso, buena gente. Que hoy probablemente hubiera estado aquí, pero que ya no podrá estar. Josep Alagarda falleció inesperadamente hace tan solo unos meses, mientras preparaba un análisis de la estupenda novelita *Niedo de barucas*, de Chusé Inazio Nabarro (Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2014; NAGORE / SÁNCHEZ, 2013-2014: 168)³. Un análisis que, por el camino que llevaba y por lo que llegué a ver, hubiera resultado muy sugestivo. Para él son estas líneas, trazadas con mejor voluntad que acierto.

De entrada, querría aclarar que esta ponencia *no* se propone –en absoluto– agotar el tema que le da título, de conformidad con los renglones pautados durante la preparación del encuentro que ahora nos congrega. Y de hecho, ese título quisiera matizarlo con la nota que he añadido en cabeza de estos mismos papeles: “panorama incompleto”. Incompleto e incluso, podría decirse, *interesado* por mi parte, en el sentido de que he querido rastrear tan solo algunos aspectos que me parecen particularmente destacables, es decir, *interesantes*. Esto por lo que hace a la exposición oral de la presente jornada, sin perjuicio de que en su momento quepa ampliar este panorama a efectos de hacerlo más global, más conjuntado acaso. Porque la narrativa ocupa ya, hoy por hoy, un anaquel bastante amplio de la biblioteca de textos en aragonés. También bastante variado y polifacético, por lo demás. Y requeriría una atención más pormenorizada, que ahora no podemos –ni tampoco pretendemos– dedicarle, en aras de un empeño fundamentalmente sintético. Los ejemplos que se aducen deberán entenderse exactamente así: como *ejemplos*. Es decir, como simples muestras significativas de lo que se afirma o se plantea. Por lo tanto, no comportan *a contrariis*, en modo alguno, que aquello que no se menciona quede rotulado, siquiera implícitamente, con el marbete de una menor calidad. En cualquier caso, quien quiera revisar en detalle la producción de corte narrativo en lengua aragonesa dispone, desde hace ya algún tiempo, de una bibliografía muy completa y muy competente, elaborada por Francho Nagore Laín e incluida en el volumen colectivo *El aragonés en el siglo XXI* (Zaragoza, Fundación Gaspar Torrente, 2013), y luego complementada, por lo que toca a 2014, en el número 17-18 de la revista *Luenga & fablas* (NAGORE, 2013; NAGORE / SÁNCHEZ, 2013-2014).

Los albores

Por comenzar del modo más clásico, esto es, *ab initii*, resultará oportuno señalar que la narrativa literaria en aragonés, entendiendo tales términos según lo hacemos hoy en día –asunto que no requiere, creo, mayor aclaración en una ocasión como esta⁴–, es fruto tardío. Muy tardío. O muy reciente, si lo miramos desde nuestro

3 Junto a las obras citadas aduzco su lugar de referencia en NAGORE, 2013, o en NAGORE / SÁNCHEZ, 2013-2014, según el caso. En tales repertorios se proporcionan los datos del impreso completos, de forma muy detallada, y, por lo general, con la mención de otros pormenores adicionales, como las reseñas que se han dedicado a las distintas obras o los estudios que en ellas se basan. No hay, que yo conozca, sistematizaciones bibliográficas posteriores a estas (pues la de OBSERBATORIO, 2015: 56-65, queda en realidad asumida por NAGORE / SÁNCHEZ, 2013-2014). Si acaso puede añadirse, por vía meramente aproximativa, SÁNCHEZ, 2017b, que consigna alguna publicación aparecida en el último tramo de 2016. En lo que respecta a los autores, cuando por algún motivo –fácilmente inferible del contexto– parece oportuno, remito a los datos que trae BARREIRO, 2010, como ya habrá apreciado el lector.

4 Pero los lectores inquietos podrán orientarse, por lo pronto, con un par de referencias que corresponden

momento actual. Casi podría afirmarse que arranca en 1977, año en que Eduardo Vicente de Vera (BARREIRO 2010: 1130-1131) publica su colectánea de relatos *Do s'amorta l'alba* (Luesia [Zaragoza], Porvivir Independiente, 1977; NAGORE, 2013: 141b)⁵. Es esta una obra fundamental, en el sentido más recto del término, que merece la pena leer –o releer–, siquiera por el papel inaugural que desempeñó. Aunque también, y sustancialmente, por sus cualidades de corte literario; prescindiendo, por tanto, de consideraciones acerca del modelo de lengua adoptado en aquella ocasión. La obra de Vicente de Vera explota a fondo una ambientación rural bronca, con fuertes componentes dramáticos, que posteriormente se repetirá con insistencia en otras piezas narrativas en aragonés, aunque pocas veces con un tinte tan áspero como el que le endosa el autor en esta colección de relatos de distinta dimensión y alcance. Y, por lo común, sin la rica intertextualidad que en *Do s'amorta l'alba* nos lleva por los mejores acentos de la novela rural española –con la neta presencia de Cela y Sender al fondo–, y a menudo también por los caminos del “realismo mágico” de cuño latinoamericano. Es, si bien se mira, un arranque por todo lo alto, de un rango que no siempre ha sabido mantener la literatura en aragonés. Una literatura que de vez en cuando se ha confundido con la mera plasmación escrita del material lingüístico previo, según advertía con justeza LAÍNEZ, 2001-2002. Como, por lo demás, ocurre en otros casos análogos, pues ello va aparejado con la minorización social de las lenguas.

Pero... ¿y antes de esto? Pues antes, ya desde la cintura del XIX, fueron la poesía, con una producción muy estimable por sus dimensiones, y, en menor medida, el teatro. Ambos tipos genéricos hilvanaban para esta literatura una línea de continuidad que ya no se ha interrumpido hasta hoy (cf. SÁNCHEZ, 2013: 2), y a la que más adelante, como acabo de anotar, se sumaría la narrativa. Los albores de todo ello se manifiestan alrededor de 1840, a partir de algunas ideas que cabe relacionar –vaga pero certeramente, si se admite la paradoja– con el mundo mental del Romanticismo, con su cosmovisión; y que están en sintonía con el surgimiento del sentir regionalista, un corolario que en el terreno político resulta transversal a los signos opuestos del nuevo estado liberal, aún balbuciente, y del sustrato tradicionalista, devenido en carlismo. En nuestro caso, tales ideas vendrán expresadas, de forma soterrada pero clara, en

a buenas obras de conjunto. Para el sentido básico de *narrativa* en el campo específicamente literario, SPANG, 1993: 104-105; y para la contextura actual del *aragonés*, la gramática de NAGORE, 1989, sobre todo en su vertiente descriptiva. No estará de más apuntar que, con toda intención, dejamos al margen la narrativa popular de tradición (básicamente) oral, que tiene sus propios y muy particulares condicionantes –entre los cuales figura su notable variabilidad textual, imbricada con la *performance*, con la ejecución–, para ceñirnos a la que lleva autor explícito, reconocido y consciente de su papel en tanto productor o creador. Porque la fijeza perdurable del texto es condición para la literatura *stricto sensu*, como señalaban ya, y con qué claridad, los formalistas rusos (cf. TOMACHEVSKI, 1982: 14, 21; LÁZARO, 2000b: 181-182, 185-190). Todo esto apareja otros aspectos de alto vuelo ontológico, que inciden en un campo más amplio de la actividad narrativa, cuya exposición puede verse, por ejemplo, en AGUIAR, 2004: 137-144. Esas formas de narración siguen vigentes también en aragonés, claro está (cf. simplemente GONZÁLEZ *et al.*, eds., 1998, y GARCÍA / CASTÁN, eds., 2011), aunque solo de manera muy parcial podríamos considerarlas “contemporáneas”, según precisa el título de este trabajo.

5 Dejo fuera de consideración algunos precedentes, en particular el del grausino Dámaso Carrera, por el conjunto de motivos expuestos en la nota anterior. A caballo de los siglos XIX y XX, Carrera compuso algunos relatos que raramente superan el estatuto de etnotextos, o de *performance* de cuentos populares pasada a limpio (cf. SAROIHANDY, 2005: 32, 34-35, 180-197), y, en cualquier caso, se inscriben de lleno en el campo de la *paraliteratura*, tal como la define AGUIAR (2004: 115, 129-133). El lector curioso dispone de una compilación reciente de sus empeños: CARRERA, 2012.

un texto no muy frecuentado ni tampoco valorado como se merece (SÁNCHEZ, 2017a: 164-165). Lo firmaba Mariano Peralta y vio la luz en 1836, ejerciendo de “Prólogo” a su *Ensayo de un diccionario aragonés-castellano*⁶. El jurista y ocasional lexicógrafo encomiaba ahí el valor potencial de la “lengua” o del “dialecto” del Somontano –pues de ambas formas denomina a ese complejo lingüístico– en cuanto vehículo para hacer literatura. Ahora bien: solo *cierto tipo* de literatura, ciertos subgéneros de poesía lírica, para ser más precisos. Sin alusión ninguna a la posibilidad narrativa.

Así se veían las cosas –y aun eso por parte solo de algunos pocos, muy pocos– en el tramo medio del siglo XIX. Y así se seguirían viendo durante mucho tiempo, también en el XX. Conviene prestar buena atención a lo que escribía Peralta en fechas tan tempranas⁷:

La lengua que hablan nuestros aragoneses del Somontano [...] sin dejar de ser española tiene diferencias bastante considerables en lo esencial de todo idioma. [...]. Si yo hubiese nacido en Somontano, o hablase con perfección aquel dialecto, puede ser que me probase a componer en él algunas églogas, que respecto de la común lengua española presentarían el rústico pero suavísimo dialecto dórico de Bión [de Esmirna] y Teócrito en la griega.

Obviamente, no pretendo decir que el texto de Mariano Peralta sea el detonante que puso en marcha la creación literaria en aragonés. Pero sin duda constituye todo un síntoma. El barrunto acaso más temprano de un clima que estaba por llegar, como se demostraría unos pocos años más tarde. En este orden, las palabras de Peralta sirvieron de antesala al arranque de una actividad literaria sostenida que ya no se quiebra de entonces acá. Es crucial destacar esta línea de continuidad, a la que me he referido antes, porque dota a la literatura en aragonés de una consistencia y una persistencia en el tiempo que a menudo se ignoran. Línea, eso sí, por aquel entonces y hasta mucho más tarde sin narrativa propiamente dicha, entendiendo como tal la que se vehicula a base de textos en prosa, elaborados y estables, es decir, perdurables “en sus propios términos”⁸.

El predominio corresponderá durante largo tiempo a las formas poéticas, según intuía –o postulaba– Mariano Peralta. Circunstancia esta que, desde nuestro flanco, parece avalar una hipótesis que han mantenido Yuri Lotman y otros conspicuos teóricos de la literatura, al calor de las evidencias recabadas por etnógrafos y antropólogos: que el discurso en verso es el primero que surge cuando una lengua cristaliza en productos estéticos (LOTMAN, 2011: 123-124, entre otras). Con una particularidad añadida, que deviene habitual en el caso de lenguas –y literaturas, por tanto– subordinadas, o, si se prefiere, *minorizadas* (cf. LAÍNEZ, 2001-2002). En ellas, el desenvolvimiento de la prosa narrativa es aún más tardío y avanza, en gran medida,

6 Zaragoza, Imprenta Real, 1836. Hay ed. facsímil de la reimpresión (Palma, Pedro José Gelabert, 1853), con estudio preliminar de Francho Nagore (PERALTA, 1987). El “Prólogo”, en sus pp. V-XIII. Comenta ese texto preliminar, aunque sin especial hincapié en los pasajes que enseguida se citan, VICENTE DE VERA, 1992: 34-35.

7 Traemos la cita, con actualización nuestra de graffias, de PERALTA, 1987: VIII y XII.

8 LÁZARO, 2000b: 185-188 (el entrecomillado, en 187), y 2000a: 160, 162-163, 166-167, especialmente. Cf. además nuestra n. 4.

a remolque de tendencias que en ámbitos lingüísticos y literarios bien asentados –y por lo común, aunque no siempre, más grandes– constituyen ya materia epigonal. No desaparecida, pero sí relegada a un segundo plano (AGUIAR, 2004: 115, 130-133).

Autoconciencia lingüística y restricción temática

Creo que ese alborear tan rezagado –los casos anteriores son poco menos que anecdóticos– guarda también una estrecha relación con la confianza que los escritores depositan en las propias herramientas lingüísticas. Escribir literatura narrativa requiere una notable seguridad respecto a las posibilidades de la lengua que se maneja. Porque la narrativa no deja de ser, a fin de cuentas, un enfrentarse del ‘yo’ con ‘lo otro’. De entrada, con el mundo factual, en toda su indefinida extensión, sea esta la del escenario circundante o la de un lejanísimo telón de fondo. Pero también, por añadidura, con mundos imaginarios o posibles (AGUIAR, 2004: 643-644; ECO, 1985: 29), lo cual ensancha todavía más el ya de por sí vasto campo de la materia narrable. Y frente a los ojos, un papel en blanco que espera ser colmado con todo ello en cualquiera de sus eventuales aspectos; y además con su interpretación, claro está. Narrar es, sin duda, un ejercicio de responsabilidad⁹. La narrativa aborda el mundo con voluntad de presentarlo –o representarlo– de un modo organizado, o de estructurarlo, si se prefiere decir de esta forma. Pues ambas cosas son ciertas. Su repertorio potencial es inmenso, e implica una continua toma de decisiones (cf. por ejemplo ECO, 1985: 27-29, 32-33). Y todo esto puede producir un cierto vértigo en quienes consideran –de manera más o menos consciente– que su lengua, por chiquita, no puede abarcar tales objetivos. Es, en cierto modo, la presión del “pequeño contexto”, al cual se ha referido con agudeza Milan Kundera. Eso sí, con el pensamiento puesto en el caso del checo –que, desde luego, es una lengua en situación incomparablemente más halagüeña que la del aragonés– y de los escritores que emplean ese idioma como cauce de expresión (KUNDERA, 2009: 49-54).

Quisiera resaltar que todo ello explica también, por lo menos de una forma aproximada, la restricción temática que se detecta en muchos textos, y que aún hoy se mantiene con alguna frecuencia en las producciones de nuevo cuño. Me refiero fundamentalmente a la búsqueda por parte de los autores de *anclajes cercanos*, bastante nítida en la narrativa en aragonés. Anclajes que se manifiestan en varias facetas de la narración¹⁰, como son las siguientes:

–**Tiempo** narrado, es decir, el tiempo en que se sitúa el relato, que suele ser el del *pasado*, pero un pasado todavía relativamente próximo –el de la memoria, más que el de la Historia–, con distintas modulaciones sobre las que volveré.

–**Espacios** en que el texto narrativo se desarrolla, con una acusada inclinación por los cercanos (la “redolada”, podríamos decir: un marco

⁹ AGUIAR, 2004: 600-601, que remite en última instancia a Hegel. Muchas de las cuestiones generales aquí apenas esbozadas pueden matizarse y ponerse en perspectiva hojeando el muy documentado ensayo de MAINER, 2001, en su conjunto.

¹⁰ Cf. AGUIAR, 2004: 597-599, 602-603; SPANG, 1993: 104-105, en particular; y MAINER, 2001: 173-182, 189ss., entre otras. Valgan estas mínimas referencias como inicial trasfondo para las consideraciones inmediatas, en las que prescindo del matiz de forma consciente, y acaso también injusta, por mor de la claridad.

restringido, manejable), y, en todo caso, situados en un ámbito preferentemente *rural*. Los espacios y lugares evocados, o sea, aquellos en que no transcurre la corriente principal de los acontecimientos, sí suelen, en cambio, alejarse (y ampliarse) más, aunque no pocas veces se presentan como *referentes hostiles*.

–**Materia** narrada, con temas y motivos estrechamente *vinculados al terruño*: costumbres, paisajes, vecindario, faenas del campo, modos de vida, acompañados a menudo de excursos descriptivos.

–**Personajes y trama**, donde hay una fuerte presencia de *personajes rurales*, con una caracterización no demasiado compleja, que se atiene a lo esperable, de conformidad con lo ya descrito en los puntos anteriores. En la trama alienta a veces, por distintas vías, un cierto conflicto campo / ciudad, que guarda particular relación con lo expuesto a propósito del tratamiento del espacio.

–**Punto de vista** bastante sencillo, pues tiende a predominar la figura del muy clásico *narrador omnisciente*, delgada mampara intermedia que en ocasiones ofrece una separación poco neta respecto al autor y sus opiniones propias.

De todo ello conjugado proviene algo que me parece digno de especial mención: la particular *mirada* del narrador –¿o más bien del autor?– sobre el tiempo. A menudo volcada devotamente hacia la contemplación nostálgica del pasado y lo pasado –el “antismás”–, de lo ya irremediabilmente ido, o que, como mínimo, se encuentra en el trance definitivo de desaparecer para siempre. Con lo que esto supone a varios niveles. Desde luego, en cuanto a limitación semántica, pues los textos acaban deslizándose sin sentir por la pendiente doble del etnografismo y del costumbrismo (y además con un cariz similar al que este último tuvo en sus orígenes decimonónicos tempranos: cf. MAINER, 1999; y 2001: 123-124). Pero también en el terreno expresivo formal, según veremos enseguida.

Todo esto no significa que no se puedan lograr obras estupendas vinculadas, precisamente, con los mencionados parámetros narrativos, tal como he procurado delimitarlos hace unos momentos. Obras que por otra parte, en cuanto al registro de lengua, suelen ceñirse a lo dialectal, a veces casi al habla local: ya ven aquí otro modo de *anclaje*, en la línea de los que antes les señalaba¹¹. Si bien esta constricción tiende a diluirse –afortunadamente, a mi entender– a medida que pasa el tiempo y se incorporan nuevas piezas al acervo de la narrativa en aragonés. Basta con hojear las novedades que van apareciendo para hacerse una idea cabal del asunto.

Estas últimas consideraciones nos han puesto sobre el tapete, con toda claridad, lo que atañe al plano de la expresión, mientras que los aspectos anteriores concernían fundamentalmente al plano de los contenidos, si recurrimos –con cierta holgura– a la clásica terminología de Hjelmslev. Y es que en el plano de la expresión la producción

11 Y con altos riesgos. A este respecto me parece sintomático que, en un buen ojeo retrospectivo de 1997 (la data cuenta mucho en este caso), Chusé Carlos Laínez encuadraba a tantos “autors dialectals” del siglo XX en una categoría que denominaba “literatura de o testimonio, pos no bi eba boluntá literaria, sino ro simple feito de creyar en su luenga propia y de a que, en bellos casos, se teneba conzenzia de a suya estinzió” (LAÍNEZ, 1999b: 329). Sintomático y, muy probablemente, certero. A ello no se han sustraído tampoco algunas ediciones modernas, so capa de las tareas de rescate: por ejemplo, la ya citada de CARRERA, 2012.

narrativa en aragonés manifiesta con relativa frecuencia otras cortapisas notables. Acaso sea una de las principales, y también más obvias, el esfuerzo por plasmar en la obra un léxico y una fraseología que se presumen en riesgo grave de extinción y subsiguiente olvido, de suerte que con ello el texto se orienta hacia un encorsetado papel de repositorio léxico. Esto, que tiene su utilidad lingüística instrumental, claro (y que se alía a la descripción del mundo cotidiano y sus faenas, en la línea de la vieja metodología filológica de “palabras y cosas”), implica también servidumbres en el dominio de lo propiamente narrativo, pues de cuando en cuando parece que las secuencias del texto se creen y articulen en torno a las palabras, no a la inversa (cf. Eco, 1985: 27-28). Como resultado de ello, y volviendo a los contenidos, el curso de los acontecimientos se detiene, o al menos se ralentiza, dando lugar a pasajes episódicos que a menudo se escoran hacia la etnografía de pequeña escala: es decir, hacia las costumbres, las faenas, el vestuario, el entorno natural que las palabras designan. Pasajes no siempre engarzados con habilidad, cosa que sí sucede, por ejemplo, en la amable novelita *Santamaría (cuento chistabino)*, de Luzía Dueso (Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2007; NAGORE, 2013: 110a). Claro que también se puede trabajar a favor de obra y hacer virtud de lo que podría haber sido una limitación; como en el caso de *Reloch de pocha* (Zaragoza, Gara d'Edizions, 2006; NAGORE, 2013: 124a), donde Chusé Inazio Nabarro arma sus catálogos de palabras sobre la base de una ironía sutil que enriquece la fruición del texto.

En un orden conexo, resulta sintomático observar cómo, en el ámbito de las letras en aragonés, todavía hoy se manifiesta de vez en cuando la convicción de que para *contar* el mundo y sus acontecimientos es conveniente recurrir a un instrumento más hecho y mejor forjado. A una lengua más grande y con mayor difusión. Más capaz de desenvolverse en el “gran contexto”, por decirlo de nuevo con KUNDERA (2009: 49-54). Es el caso de Severino Pallaruelo, quien lo expresa en un libro misceláneo –uno de los rasgos, por cierto, que se repiten en el palenque literario más actual– que sabe hablar de muchas cosas distintas. Paradójico, sin duda, o así me lo parece. En su muy recomendable *O trasgresor piadoso* (Zaragoza, Xordica, 2010; NAGORE, 2013: 129b) hay un poco de todo: poesía lírica, reflexiones en prosa, breves narraciones. Y todo en aragonés, a excepción de unas contadas páginas en castellano –con el ejemplo se predica– que tratan de esta cuestión y que merece la pena traer parcialmente aquí. Situadas hacia el final de la obra, ejercen, en la práctica, como un epílogo. Y ponen así el contrapunto a lo que Ánchel Conte sostenía desde las páginas iniciales de su libro mítico, pero de poesía, *No deixez morir a mía voz*, en la temprana fecha de 1972 (NAGORE, 2013: 106b)¹². El autor afirmaba, ya entonces, que la lengua debía servir, simplemente, para todo, para expresar cualquier cosa. Sin limitaciones (ESTEVE, 2002: 21-22). Algo que por otra parte el propio Conte ha mostrado también en su vertiente narrativa, con novelas como *O bolito d'as sisellas* (Zaragoza, Xordica, 2000), tan actual por muchos motivos, y, sobre todo, la sencillamente excepcional *Aguardando lo zierzo* (Zaragoza, Xordica, 2002), tan histórica (NAGORE, 2013: 106b-107a). No creo necesario comentar, ya que es elocuente de por sí, lo que escribe Severino Pallaruelo en *O trasgresor piadoso*, sirviéndose de una primera persona nada equívoca¹³:

¹² Recuerdo los datos de la edición original, aunque sean bien conocidos: Barcelona, Saturno (Col. El Bardo, 85), 1972. Cf. además NAGORE, 2013: 107a.

¹³ Cito con amplitud del breve episodio “La buena tierra de Francia”, pp. 101-103.

Desde hace casi un mes escribo en este cuaderno las viejas palabras de la infancia, las primeras que aprendí, las de mi casa. Pero hoy he salido dispuesto a no emplearlas: hoy solo las castellanas. Hoy quiero ver un festín de abundancia, como los viejos de Puyarruego cuando, en invierno, iban a trabajar a Francia. Yo les oía contar los viajes: se relamían. [...] Todo era abundante en Francia [...]. Así me pasa a mí con la lengua: la castellana es la tierra de Francia; la de mis padres, la que aprendí en casa, es el ganado de estas montañas, los pobres campos de las laderas, el sol abrasador, las rocas donde comen las cabras flacas. Vas a buscar una palabra a la alacena castellana, la abres y te salen catorce, todas limpias y claras, todas fabricadas con molde, homologadas, brillantes, todas como los productos de la despensa francesa. Ahora llevo casi un mes en la vieja alacena de las palabras de casa: cecina de cabra, judías, patatas, poco más. Una despensa austera, la de una tierra dura. [...] Pero son muy gustosas las palabras. Digo *fumo* y siento un abrazo cálido, *tieda* y me alumbraba el pecho una luz temblorosa, *caserola* y un aroma me baila en el paladar [...]. Pero hoy quería una merienda de buen pan francés, con mantequilla y leche, pato asado y vino de Burdeos. Ya está. Buen provecho.

Algunos ejemplos

Querría ahora ilustrar cuanto vengo diciendo mediante algunos ejemplos tratados con mayor grado de detalle. Son ejemplos quizás un tanto heterogéneos, pero modélicos todos ellos por unas u otras razones. Empezando por las breves columnas de la serie “Carasol aragonés” que José María Satué firma cada semana, desde 2007, en *Heraldo de Aragón* (NAGORE / SÁNCHEZ, 2013-2014: 169). Cuentan asimismo con un par de recopilaciones en libro, digital y tradicional (respectivamente, *Zien semanas de carasol aragonés*, Zaragoza, Estudio de Filología Aragonesa, 2009; y *Carasol aragonés*, Zaragoza, Edicions Transiberiano, 2015). Tales circunstancias hacen de estas columnas, seguramente, los textos en aragonés que mayor relieve público –o visibilidad, como ahora tiende a decirse– alcanzan hoy por hoy. Los más leídos. Y bien está que así sea, siempre y cuando ello no opaque el hecho de que con las mismas herramientas lingüísticas se pueden jugar muy otras bazas.

Aunque no todas sean narrativas, a muchas de las columnas de Satué no cabe negarles esta condición. Más aún si se retiene el dato de que, con cierta frecuencia, guardan continuidad a lo largo de varias entregas, obedeciendo a la necesidad de desarrollar en debida forma pequeñas historias a las que los renglones medidos de una sola columna se les quedan cortos. En su conjunto, estos breves escritos de Satué dan cuenta y razón de todos, o casi todos, los anclajes que enumeraba hace un momento. El acomodo para ello lo encuentran, por regla general, en un marco rural apenas problemático. A menudo conforman relatos mínimos que se mueven –y es bastante natural que así suceda, porque la dimensión tasada de la columna periódística lo favorece– entre el costumbrismo y el pintoresquismo; y esto en el sentido que los estudiosos han señalado para el *costumbrismo* histórico, el de Mesonero o Estébanez, por cuanto el autor registra hábitos comunales o tipos personales en el quicio mismo en que el empuje del tiempo está a punto de llevárselos por delante. La mirada, pues, se vuelve hacia el pasado aún próximo, o bien se detiene en un presente que agoniza ya con estertores de pasado. En el caso de Satué, el conjunto de su producción (BARREIRO, 2010: 1016) confirma la querencia por tales vectores, a los que se añade

la tarea de salvaguarda léxica y fraseológica ya aludida. Y siempre, por último, cabe la posibilidad de comentar el día de hoy, aunque entonces las señas de identidad actuales se examinen a la luz de un tiempo pasado que tiende a idealizarse, dejando así a un lado sus facetas más oscuras.

Otro caso relevante es el de Ana Tena Puy, *Ta óne im* (Uesca, Consello d'a Fabla Aragonesa, 1997; NAGORE, 2013: 138b), muy influido por *La lluvia amarilla*, de Julio Llamazares (1988); pero quizás también –no sé si directamente– por Eduardo Vicente de Vera, en particular por su cuento “Tierra de zenisas”, incluido en *Do s'amorta l'alba* (1977), el libro inaugural del que ya me he ocupado antes. Redactada en bajorribagorzano, *Ta óne im* explora las reflexiones íntimas y melancólicas que, a modo de diario sin datación precisa, deja apuntadas uno de los últimos habitantes, ya anciano, de un pueblo moribundo. Inevitable es por tanto la referencia continua, y de aire realista, al propio pasado, colectivo e individual a un tiempo. Y de hecho, la memoria del personaje narrador es el pilar que sustenta todo el libro. En él, la dureza de la vida en un medio poco amigable queda sin embargo compensada por la imagen de sencillez un tanto arcádica que presidía un mundo lento y fundamentalmente solidario, ya en trance de desaparición cuando el narrador lo recuerda y lo cuenta. Las turbias fracturas que trajo consigo la Guerra Civil son la excepción, lógica y esperable. Aparte del discurrir de las anotaciones (supuestamente) escritas por el protagonista, en la novela de Ana Tena se intuyen de vez en cuando trazas de monólogo interior (POZUELO, 1989: 257; cf. MAINER, 2001: 212-215), hallazgo este que a la narrativa en aragonés no le resulta en absoluto ajeno. Baste pensar, por ejemplo, en *Niedo de barucas*, de Chusé Inazio Nabarro (Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2014; NAGORE / SÁNCHEZ, 2013-2014: 168), donde la corriente de conciencia fluye igualmente hasta la pluma de un narrador que escribe cobijado de la lluvia en la soledad de un búnker pirenaico. *Ta óne im* es una buena novela, con momentos de intenso lirismo, equilibrada y bien concebida en su conjunto. También lo es, y muy brillante a tramos, *As zagueras trafucas de Marieta*, de Quino Villa (Zaragoza, Xordica, 2005; NAGORE, 2013: 142b), obra muy intuitiva, en una línea de imaginación de lo rural que a ratos trae el acento de algunos autores latinoamericanos y que con frecuencia alcanza una intensidad emotiva muy reseñable. Apunta Villa –con un menor grado de melancolía que Ana Tena– hacia los cauces de la novela histórica, de la que más adelante quedarán dichas unas cuantas cosas más. Y está bien apoyada en el monólogo interior, que también dejaba cierta impronta en *Ta óne im*, como ya he señalado, aunque allí se camuflaba bajo el pretexto de las notas sueltas de un diario sin fechas.

Lo memorial

Dato este último que no deberíamos pasar por alto. Porque, de hecho, la pulsión memorial vertebra y articula una gran parte de las páginas con cierta tensión literaria que en aragonés se producen: late en su fondo, está en su entraña, aunque luego, ya en la superficie textual, se concrete de muy diversas maneras. Y resulta bastante natural que así suceda. Las razones son varias. Por apuntar solamente un par de ellas: puestos a contar y evocar, no es raro que los escritores menos bregados recurran a su propia historia de vida (cf. BOURDIEU, 1997). Al fin y al cabo, es el venero de materiales más obvio, más próximo y en el que pueden sentirse más cómodos.

Sobre todo cuando emplean una herramienta lingüística que, como esta, se considera especialmente ligada a la vivencia personal y al terreno doméstico de las cercanías, tan cargado de temperatura íntima. Bien claro lo decía Severino Pallaruelo en un texto que ya se ha citado antes.

A partir de estas premisas, el tono –o la *máscara*– memorial adquiere muy diversas calidades y cualidades¹⁴. Casi siempre lleva aparejada la marca de un ‘yo’ narrador (MAINER, 2001: 252-253), que por sí sola no es garante de fiel veracidad, pues la estricta ficción también se permite la perspectiva en primera persona. Y cada vez más, como sabe cualquier lector mínimamente avezado. Así las cosas, ese tono –o máscara, insisto– opera de dos formas básicas, no siempre nítidamente diferenciables. Unas veces como soporte para la rigurosa creación ficcional (POZUELO, 1989: 91-99; AGUIAR, 2004: 639-644), con capacidad para dibujar el clima y los puntos de vista que se manifiestan en el texto. Son casos como los repasados hace un momento. Y otras veces como generador de textos igualmente narrativos –pues lo son por su organización interna–, pero que se pretenden emanados de los hechos que acaecieron realmente al autor. Esta es, en sentido estricto, la literatura memorialística, a la que en ocasiones también se ha etiquetado como *narrativa no ficcional*, por más que la propia actividad de relatar siempre comporte una cierta orientación hacia lo ficticio o, si se prefiere, hacia la ficción (cf. RICOEUR, 1989). Los límites entre una y otra vertiente no son estancos, por lo demás. Podría decirse que fluctúan en virtud de un “pacto” contraído entre autor y lectores (LEJEUNE, 1994), pero en última instancia dependen, no nos engañemos, del *lector*. De lo que esté dispuesto a admitir como cierto y real, en función de su ingenuidad o de su perspicacia.

El memorialismo en aragonés ha dado obras espléndidas durante los últimos decenios, en plena sintonía con lo que otras literaturas vecinas traen, y además con profusión de variantes. Por seguir un mero orden cronológico, es el caso de *As zien claus* (Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1997; NAGORE, 2013: 140b), dietario del extravío vital. Su autor, Chusé Raúl Usón, indicaba una senda adecuada para trayectos por el infierno urbano como los que había de contar después Rubén Ramos en *Bidas crebazadas* (Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2007), aunque esta vez por vía de novela (NAGORE, 2013: 133a). O de serie de relatos engarzados, pues de ambas formas se puede considerar el libro de Ramos, que acaso hubiera sido distinto sin el precedente de *As zien claus*. En la vertiente del carné de viaje, Roberto Cortés proyectaba una mirada aguda y escuetamente lírica sobre el corazón de la Europa del año 2000 en *Baxo as telleras. Berlín’00* (Zaragoza / Uesca, Prensas Universitarias / Consello d’a Fabla Aragonesa, 2004; NAGORE, 2013: 107b). Y por su parte, *Mesaches (mil doscientos setanta e dos)*, de Chusé Inazio Nabarro (Zaragoza, Gara d’Edizions, 2012; NAGORE, 2013: 124b), lograba que el diario se aproximase felizmente a los cauces y tránsitos propios de la novela de formación.

Pero hay que remontarse a 1982 para encontrar una pieza tan singular y tan eminente como *A lueca (A istoria d’una mozeta d’o Semontano)*, memorias noveladas de la infancia y la primera juventud de Chuana Coscujuela (Uesca, Consello d’a Fabla Aragonesa, 1982). Se trata de un libro que hoy sigue siendo de referencia por muchos

¹⁴ Me he ocupado brevemente de estas cuestiones en SANCHEZ, 2018, al hilo de una obra que se escapa ligeramente del marco cronológico acotado para estas páginas, pues se publicó a finales de 2016: *Es recuerdos de paye (Asinas me’l contó)*, de Óscar Lerín Gabás (Zaragoza, Gara d’Edizions). Allí pueden encontrarse referencias complementarias de las que ahora aduzco.

motivos, al tiempo que constituye todo un *long seller*, si se me permite el término, en el modesto escenario de la edición literaria en aragonés. Es obra con muchos méritos, que luego proseguiría la autora en *Continación (1922-1983)*, aunque ya con menor brío (Uesca, Consello d'a Fabla Aragonesa, 1992; NAGORE, 2013: 107b-108a, para los dos títulos).

El primer libro de Chuana Coscujuela (BARREIRO, 2010: 329) apareció cuando el exiguo panorama de la literatura en aragonés aún estaba presidido por la poesía. Era pues una “excepción prosística”, como la calificaría Eduardo Vicente de Vera, quien por lo demás ofrece una visión limitativa de esta obra, en la que destaca ante todo “su valor testimonial y documental –muchas veces etnográfico– de épocas pretéritas” (VICENTE DE VERA, 1992: 121). Visión limitativa, decía, porque *A lueca* es bastante más que eso. Coscujuela recoge en unas memorias con aire de novela sus primeros años, pero también los inmediatos antecedentes familiares. Así, sus propios recuerdos se imbrican con los que le cedieron otros, y sabe reelaborarlos todos en un conjunto sin estridencias. El libro respira espontaneidad, destreza narrativa. La viveza y naturalidad de los diálogos resulta más que notable. El tiempo y los espacios son, ni más ni menos, los que a la autora le tocaron en suerte, evocados sin otra nostalgia que la inherente a algunos momentos precisos, pues *A Lueca* esquiva la usual tentación de coronar el ámbito de la vida rural de antaño –ese “antismás” al que me refería hace un rato– con un aura de bucolismo complaciente. Vivir era ardua tarea, y como tal se cuenta. De hecho, la gran ciudad, Barcelona en este caso, constituye un lugar de redención. En *A lueca* casi todo es crudo, áspero, como lo fue el subsistir cotidiano de tantas familias de la misma etapa histórica. Con este libro se asomaba a las letras en aragonés una escritura memorial de cuño moderno.

Y es además una de las escasas obras que ha tenido progenie dentro de las propias letras en aragonés, más aficionadas a beber en otras literaturas –la compuesta en castellano, por encima de todas las demás– que en los hontanares de casa. Su huella resulta particularmente detectable, fuera ya del ámbito memorialístico, en la novela *Como as falzillas*, de Chesús de Mostolay (Uesca, Consello d'a Fabla Aragonesa, 2009; NAGORE, 2013: 122b), una saga familiar que se despliega a lo largo de casi todo el siglo XX, con profusión de vicisitudes y pormenores vitales. Algunos tan logrados como las estremecedoras secuencias de la Guerra Civil en retaguardia. Quizás se deban también al influjo de *A Lueca* el desarrollo y la resolución de los conflictos en el marco rural de la muy interesante novela *Lerenzio*, de Miguel Santolaria (Uesca, Consello d'a Fabla Aragonesa, 1988; NAGORE, 2013: 137a), un texto menos conocido de lo que merecería. Su prologuista, Luis Pietro Broto, afirmaba sin empacho que era “a primera novela de mena moderna publicata en aragonés” (p. 8).

Otras caras de otras monedas

El polo opuesto a todo lo descrito, o a casi todo, puede encontrarse en una obra sorprendente, muy rompedora en su momento, donde la imaginación volaba libre, ajena a territorios concretos, tanto en el espacio como en el tiempo, y con ataduras argumentales muy laxas. Me refiero a la novela –a falta de una palabra más adecuada– *Astí en do l'aire sofla ta sobater as fuellas de os árbols* (Uesca, Consello d'a Fabla Aragonesa, 1989; NAGORE, 2013: 126b-127a), de Chusé Inazio Nabarro (BARREIRO, 2010: 781-782). El libro se publicaba en una data importante, por cierto,

pues 1989 fue también el año de aparición de *As fuellas de París*, la estupenda novela histórica de Eduardo Vicente de Vera (Zaragoza, Gobierno de Aragón, 1989; NAGORE, 2013: 142a), sobre la que volveré.

Muy imaginativa asimismo, aunque en otra clave, es la todavía reciente *A batalla de Sibirana* (Uesca, Consello d'a Fabla Aragonesa, 2015), de Mauricio Delgado. Por su entrelínea parecen asomar algunos grandes nombres tutelares del género fantástico, a menudo escorados hacia un público juvenil. C. S. Lewis, J. K. Rowling, acaso también Tolkien, junto con un latido de *sword and sorcery* netamente audible. Aunque quizás no quepa postular en este caso influjos directos, sino, más bien, la común presencia de una serie de intereses y recursos, de temas, motivos y constricciones que operan por igual bajo distintos desarrollos argumentales. De cierto “polen de ideas”, en suma, por decirlo con aquella expresión tan certera que acuñó William Faulkner. O, si se prefiere, de una utilería preexistente y bien surtida, que el autor de esta obra aprovecha con enorme intuición narrativa para cuajar la trama a base de una gestión muy habilidosa de tiempos, espacios, hechos y personajes.

Duendes del bosque, diablillos de buen genio, pizpiretas e intrépidas hadas voladoras, niños, castillos fuertes, veredas umbrías, brujos y brujas de toda laya, bestias atroces, más el inevitable héroe, dotado de unos poderes en verdad singulares gracias a un objeto mágico, nutren las páginas de una novela que no da tregua ni respiro, ligera y muy divertida en algunos tramos; pero que se va tornando más y más oscura a medida que avanza, hasta aparecérsenos como un ejercicio narrativo de hechuras y trasfondo nada complacientes. Elementos como los arriba mencionados son característicos también del acervo narrativo folclórico, al menos en una parte nada despreciable. Y desde allí se arraigan, por ejemplo, en los mitos o en los ‘libros de caballerías’. Sin contar con el moderno aliño de la vertiente cinematográfica, donde han acabado por hacerse moneda corriente. La novela de Mauricio Delgado me trae enseguida a la memoria *Willow* (1988), *Dentro del laberinto* (1986) e incluso *Excalibur* (1981), tres películas bien distintas entre la maraña de variaciones filmicas que han erizado de ribetes mágicos nuestra memoria audiovisual. Porque con sus vaivenes temporales y sus saltos entre tramas paralelas, vertebrados gracias a un narrador omnisciente, *A batalla de Sibirana* parece pulsar también las teclas del ritmo cinematográfico, aunque sin olvidar por ello que la literatura narrativa ha conocido desde siempre ese mismo modo organizativo. Y la obra de Mauricio Delgado es novela en el sentido más estricto del término, con una arquitectura retórica que no resulta preciso buscar en fuentes ajenas a la tradición narrativa en que se encuadra, la propiamente literaria; aunque sí quepa, claro, señalar vínculos intertextuales (Eco, 1985: 15-16, 25-26, sobre todo) con esos otros referentes externos. Y está bien, muy bien, que así suceda.

Podría decirse quizás que obras como estas son singularidades, una suerte de mirlos blancos dentro del campo que nos ocupa. Y eso mismo las convierte en sintomáticas. Al menos es lo que creo. Porque de 1977 para acá, la narrativa en aragonés ha mantenido los cauces temáticos y expresivos a los que me refería antes, pero también ha cambiado –por fortuna, si se me permite afirmarlo de esta manera tan tajante–, incorporando nuevos rasgos a varios niveles, rasgos que contribuyen a homologarla a cualquiera de las literaturas de nuestro entorno. No en cantidad, como es natural, pero sí en seguimiento de algunas tendencias concretas, que hoy forman

parte de la normal circulación literaria. Y a menudo, también en calidad. Son estas las tendencias a las que dedicaré la atención en el tramo restante.

La primera que quisiera subrayar es de aspecto eminentemente *formal*, pero resulta tener mayores implicaciones semióticas o semánticas –no estoy muy seguro de cuál sea el término correcto– de lo que parece en un primer vistazo. Me refiero a la que, a falta de mejor nombre, se me ocurre llamar ahora *literatura mixta*. Viene representada por libros que congloban distintos géneros y modos de hacer. Sin preocuparse demasiado por los límites genéricos y expresivos, cuando no transgrediéndolos abiertamente. Esta es una tendencia de raíz bien antigua, que se da en Cervantes, por ejemplo, o en las misceláneas de géneros tan propias del siglo XVII (MAINER, 2001: 149, 152-154), y que se ha visto revitalizada en los últimos decenios a nivel internacional. No falta tampoco entre los narradores en lengua aragonesa. Cabría mencionar varios casos –que se suman a *O trasgresor piadoso*, de Severino Pallaruelo, ya citado más arriba (NAGORE, 2013: 129b)–, de los que nos vamos a quedar con dos, que muestran facetas algo distintas de esta mixtión. Creo que en ambos casos cuenta mucho el que los respectivos autores hayan practicado la lírica en verso. De otro modo, estas obras acaso no se hubieran fraguado en un molde tan abierto.

El orden cronológico nos lleva en primer lugar hasta *As zien claus* (Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1997), de Chusé Raúl Usón, un libro al que ya me he referido por su notoriedad en la parcela memorialística (NAGORE, 2013: 140b). Entre los cien capitulitos de que consta, hay algunos concebidos como poemas. Ciertamente muy libres, con pocas sujeciones formales; aunque el examen detenido de los tales poemas suele revelar un grado de recurrencia, de ritmo al fin, que, de modo discreto, los vincula indiscutiblemente con la noción de poesía, al menos tal como la entendía Roman Jakobson¹⁵. Predomina, no obstante, la prosa, también más rítmica de lo que una primera ojeada anuncia, generalmente presentada a la manera de fragmentos impresionistas o de pequeñas narraciones casi autónomas, lo cual está en consonancia con su carácter de dietario, ya señalado antes. En este caso, poemas y breves capítulos en prosa forman, estructuralmente, parte de un todo. De una unidad global de sentido, enhebrada en forma de diario sin fechas.

Semejante y diferente a un tiempo es el caso de Carlos Diest, un autor saturado de intertextualidad y de cultura, también en el sentido de cultura pop, actual y de masas, que alimenta muchos de sus textos (BARREIRO, 2010: 351-352). El bestiario contemporáneo *Animals esclarexitos* (Zaragoza, Ediciones Braulio Casares, 1995; NAGORE, 2013: 109a) es, amén de una delicia, un testimonio claro de lo que acabo de decir. Algo que Diest reeditó luego –corregido y aumentado, además– merced al misceláneo *Long life rock'n roll y atras basemias* (Zaragoza, Xordica, 1998; NAGORE, 2013: 109a). Un libro de aliento muy moderno, como se puede apreciar desde el mismo título, que anuncia una apreciable falta de anclajes limitadores. No hay en él restricción temática ni tampoco de género. En realidad es un compendio algo caprichoso de piezas muy distintas –y en eso se diferencia de la obra de Usón, entre otras cosas–, donde caben pequeños fognazos de ensayo y autoficción; narraciones cortas, que unas veces no renuncian a lo rural y otras comportan un claro marco

15 Cf. JAKOBSON, 1983: 39-41, 56-59, 69-70; y 1981: 104-114. Muy adecuada síntesis de la cuestión en POZUELO, 1989: 43-45, 197-198.

urbano, pero siempre situado en la actualidad, en el momento presente; y también poemas. De cuando en cuando los textos toman como punto de apoyo el fragmento de una canción o la evocación de un artista de la escena pop. De modo que por el libro desfilan sin estridencias David Bowie o Freddie Mercury, con lo que, personalmente, me acude a la memoria *El jinete polaco*, de Antonio Muñoz Molina (1991), aunque no pretendo por ello sostener que existan trazas netas de intertextualidad respecto a esta novela.

En los párrafos anteriores se ha mencionado incidentalmente una presencia que parece destinada a perdurar en la literatura en aragonés y, acaso, a legitimar con su sello buena parte de la producción narrativa venidera. Me refiero a la del mundo social moderno, por lo general urbano, con todas sus tensiones y sus opciones. En este orden, la ciudad constituye un escenario que permite desarrollar temas poco tratados anteriormente. Los acoge y los propicia, ambas cosas. Creo que es destacable cómo todo ello ha entrado por fin en la narrativa –y con qué naturalidad– de unos años acá, configurando una estela en la que destaca, por temprano, el hito de *As zien claus*, de Chusé Raúl Usón (1997), luego proseguido en parte por Carlos Diest o Roberto Cortés en sus obras respectivas, aducidas ya a otros propósitos. Y más tarde aún por el propio Usón en su librito *Enrueñas* (Zaragoza, Prensas Universitarias, 2008), un falso diario de viaje por la Turquía urbana de hoy (NAGORE, 2013: 140b). Solo que los *viajeros* no lucran el halo romántico que pueda acarrear todavía ese sustantivo: no pasan de ser meros *turistas* en la crisis del fin de la juventud.

Pero sobre todo hay una novela que merece, entiendo, la mayor de las consideraciones. Novela o conjunto de relatos interconectados, porque ambas lecturas casan bien con su tejido constructivo. Se trata de *Bidas crebazadas* (Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2007; NAGORE, 2013: 133a), de Rubén Ramos. El eje vertebrador de la obra no es otro que el sida, sus tremendos estragos en la sociedad española del último tramo del pasado siglo. Claro está que ello requiere, casi exige, una ambientación fundamentalmente urbana, donde entran en juego problemas de alcance actual, como la presencia de la droga o la prostitución. Aquí, la ciudad es el marco natural, esperable, para los acontecimientos. Como es esperable también que comparezcan en escena personajes de unos estratos sociales distintos a los más usualmente plasmados por la escritura narrativa en aragonés: las clases subalternas y lo que, con un término de viejo cuño marxista, podríamos llamar *lumpemproletariado*. Sectores marginales sobre los cuales proyecta el autor una mirada piadosa, pero no edulcorada. Personalmente, encuentro que *Bidas crebazadas* lleva consigo tonos muy contemporáneos, que van desde Paul Auster, con sus concatenaciones azarosas, hasta, por ejemplo y para el caso español, el José Giménez Corbatón de *El hongo de Durero* (2001), obra esta que también admite una lectura como serie de cuentos entrelazados. La ciudad es aquí una de las pocas constantes que vinculan a una serie de personajes e historias, su telón de fondo continuo. Y los capítulos se enlazan no por la presencia de un hilo narrativo unitario, de una sola trama; sino porque en cada uno de ellos adquiere protagonismo un personaje que solo muy colateral y secundariamente había aparecido en otros lugares del libro. Hay, pues, una cierta ‘sarta’ de historias, que podríamos relacionar –ligeramente al menos– con los modelos narrativos que, hace ya muchos años, delimitaron los formalistas rusos (cf. TOMACHEVSKI, 1982: 257-258). Nada de ello es, en rigor, nuevo, pero sí *novedoso* en un terreno literario como el del

aragonés. Y lo asimilan, felizmente, a nuestro entorno cronológico, en esa danza sin fin, con variantes, mudanzas y aparentes vueltas atrás, que es la Literatura (esta vez con mayúscula).

Quisiera terminar esta intervención con un rápido vistazo a la *narrativa histórica* (cf. MAINER, 2001: 225-229; GARCÍA, 2002). Porque su aparición y posterior afianzamiento es, a mi modo de ver, uno de los aspectos más interesantes del reciente panorama narrativo en aragonés. En sus distintas modalidades, la narrativa histórica ha producido textos muy notables, casi todos ellos durante estos últimos decenios, aun cuando arranque en 1989, con la publicación de *As fuellas de París*, de Eduardo Vicente de Vera. El trazado de una nómina —en modo alguno exhaustiva— exige recordar a Carmen Castán, Ánchel Conte, Ricardo Mur, Chusé Inazio Nabarro, Ana Giménez Betrán, Pilar Benítez o Antón Collada. Autores que, con mayor o menor constancia, apuntan hacia tiempos, ambientes, temas, registros y cauces narrativos muy diversos. Solo destacaremos unas cuantas obras concretas. Y de entrada, por sus fechas y por su relevancia, acaso no bien reconocida, la novela *As fuellas de París (O manuscrito de o tayyab)*, de Eduardo Vicente de Vera (Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1989; NAGORE, 2013: 142a). Creo que, en su momento, esta obra fue mal entendida. Y precisamente por su modernidad, porque sacaba al aragonés de los senderos más transitados hasta entonces, que eran los del etnografismo ya aludido, y (medianamente) descrito en párrafos anteriores. Sin duda, una novela así era objeto difícil de clasificar en los esquemas o preexistentes o esperables. No se sabía qué hacer con ella, qué pintaba ahí... Y no resulta extraño. Para empezar, suponía un cambio de acento muy notable respecto a *Do s'amorta l'alba* (1977), el anterior ensayo narrativo de Vicente de Vera. Este era mucho más asumible dentro de la literatura en aragonés, y yo diría que española en general, por su aire de drama rural sostenido. En cambio, la obra de 1989 se adentraba en cauces no muy frecuentados hasta entonces: la novela de corte histórico y ambientación urbana, que además incluye un fuerte componente de intriga, aventura y dramatismo, con misterios y conspiraciones al fondo, más una singular alternancia entre varias etapas cronológicas. Creo que bajo *As fuellas de París* late una lectura atenta de las páginas narrativas de Umberto Eco, quien había publicado *El nombre de la rosa* en 1980. Sin olvidar tampoco que *El péndulo de Foucault* era de 1988. En este último caso es muy dudoso que se produjese un influjo directo sobre *As fuellas de París*, por mera cuestión de fechas; pero no deja de sorprender la comunidad de intereses y recursos entre ambas obras, tan sincrónicas. Por todo ello, la aparición de la novela de Vicente de Vera suponía, de hecho, una homologación con las tendencias en alza en otras literaturas, antes incluso de que fueran *mainstream*¹⁶.

La ficción histórica en aragonés muestra algunos rasgos de particular interés que convendrá ilustrar por medio de ejemplos. Así, Antón Collada erige la acción y el dramatismo en componentes fundamentales de *¿Per qué plloran las estrelas?* (Uesca, Consello d'a Fabla Aragonesa, 2009; NAGORE, 2013: 106a), novela ambientada en el Aragón de la Guerra de la Independencia; mientras que Chusé Inazio Nabarro sitúa a caballo de los siglos XIX y XX, con telón final en la Guerra Civil, la imaginativa y melancólica *Reloch de pocha* (Zaragoza, Gara d'Edizions, 2006; NAGORE, 2013:

16 Sobre lo que *El nombre de la rosa* significó en el campo de la novela histórica, basten las ágiles reflexiones de POZUELO, 2005.

124a), que ofrece, junto a otras cosas, una singular travesía por el ancho mundo, con pasaje de ida y vuelta, así como una simpática vivificación de la figura de Jean-Joseph Saroihandy. Estas dos obras atestiguan que la Edad Contemporánea, y sobre todo la contienda de 1936-39 más su vasta repercusión moral y material, son centros de interés habituales entre quienes se sirven del aragonés para la narración de tintes históricos. Habituales pero ni mucho menos hegemónicos. Por ejemplo, Eduardo Vicente de Vera articuló en *As fuellas de París*, merced al eficaz expediente del ‘manuscrito encontrado’, un juego de perspectivas que se balanceaba entre la Segunda Guerra Mundial y el quicio final de la Edad Media, con particular acento en los éxodos judíos.

La figura del exiliado por causa religiosa –una mujer morisca en este caso– preside la admirable y estremecedora *Aguardando lo zierzo* (Zaragoza, Xordica, 2002; NAGORE, 2013: 106b-107a), donde Ánchel Conte recurre al monólogo interior de la protagonista para vertebrar un texto denso, polifónico, que crea una muy áspera historia enmarcada por un escenario doble, aragonés y argelino. La mujer ocupa asimismo lugar central en la sutil *Palestra* (Uesca, Consello d’a Fabla Aragonesa, 2006), de Ana Giménez Betrán (NAGORE, 2013: 114b), una novela corta más amable y tradicional en sus planteamientos, aunque de calado nada superficial, cuya acción ocurre en la Huesca del siglo XVII mediado. Y más recientemente, la misma autora ha dado a la luz otro bonito texto, ubicado esta vez en los aledaños de la Guerra Civil, con lo cual queda en el límite de lo que cabría entender por novela *histórica*, para la que sir Walter Scott prescribía una distancia de al menos setenta años, medida que implícitamente –y también con cierta ironía– admite Carlos García Gual en un magnífico trabajo de síntesis sobre la materia (GARCÍA, 2002: 15-16). Me refiero a *Entreautos* (Zaragoza, Gara d’Edizions, 2014; NAGORE / SÁNCHEZ, 2013-2014: 168), ambientada en la Huesca del artista Ramón Acín. El lector que se adentre en esta parcela literaria –de límites tan amplios y difusos, por otra parte– comprobará que las muestras aquí examinadas bastan, en definitiva, para levantar acta de la presencia recurrente de otra nota, a mi entender muy caracterizadora: la clara vocación de muchos textos por los arcones de la Historia y sus esforzados caminantes.

Lean alguno de los textos que hoy he mencionado. O muchos. No les defraudarán.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUIAR E SILVA, V. M. de (2004): *Teoria da Literatura*. Coimbra, Livraria Almedina, 8ª ed. (16ª reimpr.).
- BARREIRO, J. (2010): *Diccionario de autores aragoneses contemporáneos, 1885-2005*, coord. F. Ruiz Pérez. Zaragoza, Diputación Provincial.
- BOURDIEU, P. (1997): “La ilusión biográfica”, en P. Bourdieu, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama, pp. 74-83.
- CARRERA, D. (2012): *Obra en aragonés ribagorçano*, ed. X. Tomás y Ch. R. Usón. Zaragoza, Xordica.
- CASTÁN ESPOT, M. / PARICIO MARTÍN, S. (2008): “Una lengua y una literatura invisibles. El caso del aragonés”, *Letras Aragonesas*, 6 (abril), pp. 8-15. Disponible en: <www.centrodellibrodearagon.es>

- ECO, U. (1985): *Apostillas a El nombre de la rosa*. Barcelona, Lumen, 2ª ed.
- ESTEVE, L. A. (2002): “No dejéis morir mi voz y las lenguas minoritarias de Aragón”, en Á. Conte, *No dexez morir a mía boz*, ed. trilingüe en aragonés, castellano y ruso. Piatigorsk, Centro Norcaucasiano de Estudios Sociolingüísticos, pp. 18-29.
- EVEN-ZOHAR, I. (1975): “Le relazioni tra sistema primario e sistema secundario all’interno del polisistema letterario”, *Strumenti Critici*, 26 (1975), pp. 71-79.
- GARCÍA BALLARÍN, I. / CASTÁN SAURA, C., eds. (2011): *La sombra del olvido, III. Tradición oral en el Solano (valle de Benasque)*. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- GARCÍA GUAL, C. (2002): “Apología de la novela histórica”, en C. García Gual, *Apología de la novela histórica y otros ensayos*. Barcelona, Península, pp. 11-28.
- GONZÁLEZ SANZ, C. / GARCÍA PARDO, J. Á. / LACASTA MAZA, A. J., eds. (1998): *La sombra del olvido. Tradición oral en el pie de sierra meridional de Guara*. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- JAKOBSON, R. (1981): *Lingüística, Poética, tiempo. Conversaciones con Krystina Pomorska*. Barcelona, Crítica.
- JAKOBSON, R. (1983): *Lingüística y Poética*, est. prel. F. Abad. Madrid, Cátedra, 2ª ed.
- KUNDERA, M. (2009): *El telón (Ensayo en siete partes)*. Barcelona, Tusquets.
- LAÍNEZ, Ch. C. (1999a): “Espais de les literatures minoritàries: el cas de l’aragonés”, en NAGORE *et al.*, eds., 1999, pp. 365-371.
- LAÍNEZ, Ch. C. (1999b): “Notas ta una periodizazi3n de a literatura en luenga aragonesa”, en NAGORE *et al.*, eds., 1999, pp. 323-330.
- LAÍNEZ, J. C. (2001-2002): “Literatura y vacio: cuando la tradici3n no existe”, *Debats*, 75 (invierno), pp. 12-23.
- LÁZARO CARRETER, F. (2000a): “El mensaje literal”, en F. Lázaro Carreter, *Estudios de lingüística general*. Barcelona, Crítica, 3ª ed., pp. 149-171.
- LÁZARO CARRETER, F. (2000b): “La literatura como fenómeno comunicativo”, en F. Lázaro Carreter, *Estudios de lingüística general*. Barcelona, Crítica, 3ª ed., pp. 173-192.
- LEJEUNE, Ph. (1994): *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid, Megazul / Endymion.
- LOTMAN, Y. M. (2011): *Estructura del texto artístico*. Tres Cantos, Akal, 3ª ed.
- MAINER, J. C. (1999): “Del localismo a lo pintoresco, pasando por lo romántico (Breves notas sobre una nomenclatura estética)”, en J. C. Mainer y J. Mª Enguita, eds., *Localismo, costumbrismo y literatura popular en Aragón. V Curso sobre lengua y literatura en Aragón*. Zaragoza, Instituci3n Fernando el Cat3lico, pp. 7-18.
- MAINER, J. C. (2001): *La escritura desatada. El mundo de las novelas*. Madrid, Temas de Hoy, 2ª ed.
- NAGORE LAÍN, F. (1989): *Gramática de la lengua aragonesa*. Zaragoza, Mira, 5ª ed.
- NAGORE LAÍN, F., ed. (2004): *Estudios e rechiras arredol d’a luenga aragonesa e a suya literatura. Autas d’a III Trobada (Uesca-Alquezra, 17-20 d’otubre de 2001)*. Uesca, Instituto d’Estudios Altoaragoneses / Consello d’a Fabla Aragonesa.
- NAGORE LAÍN, F. (2013): “Repertorio de publicazi3ns unitarias no periodicas en aragonés (1971-2013)”, en J. I. López Susín, coord., *El aragonés en el siglo XXI. Informe*. Zaragoza, Fundaci3n Gaspar Torrente, pp. 89-143.

- NAGORE LAÍN, F. / SÁNCHEZ IBÁÑEZ, J. Á. (2013-2014): “Publicacions en aragonés e sobre l’aragonés en 2014”, *Luenga & fablas*, 17-18, pp. 167-176.
- NAGORE LAÍN, F. / RODÉS ORQUÍN, F. / VÁZQUEZ OBRADOR, Ch., eds. (1999): *Estudios y rechiras arredol d’a luenga aragonesa y a suya literatura. Autas d’a I Trobada (Uesca, 20-22 de febrero de 1997)*. Uesca, Instituto d’Estudios Altoaragoneses / Consello d’a Fabla Aragonesa.
- NAGORE LAÍN, F. / RODÉS ORQUÍN, F. / VÁZQUEZ OBRADOR, Ch., eds. (2001): *Estudios y rechiras arredol d’a luenga aragonesa y a suya literatura. Autas d’a II Trobada (Uesca, 18-20 de noviembre de 1999)*. Uesca, Instituto d’Estudios Altoaragoneses / Consello d’a Fabla Aragonesa.
- OBSERBATORIO DE L’ARAGONÉS (2015): *Informe anual sobre a situación d’a luenga aragonesa, 2014*. Zaragoza, Fundación Gaspar Torrente.
- PERALTA, M. (1987): *Ensayo de un diccionario aragonés-castellano [1836]*, ed. facsímil, est. preliminar F. Nagore Laín. Zaragoza, Moncayo.
- POZUELO YVANCOS, J. M^a. (1989): *La teoría del lenguaje literario*. Madrid, Cátedra, 2^a ed.
- POZUELO YVANCOS, J. M^a. (2005): “Nueva cocina’ histórica”, *Blanco y Negro Cultural [ABC]*, 679, p. 7.
- RICOEUR, P. (1989): “La vida: un relato en busca de narrador”, en P. Ricoeur, *Educación y política. De la historia personal a la comunión de libertades*. Buenos Aires, Docencia, pp. 45-58.
- SÁNCHEZ IBÁÑEZ, J. Á. (2013): “La justicia de Almudévar’: lengua y razón retórica”, en R. Serrano Lacarra, coord., *Pedro Saputo, la suite*. Huesca, La Orquestina del Fabirol / Lacuercos, 3 pp. [en formato pdf].
- SÁNCHEZ IBÁÑEZ, J. Á. (2017a): “El poliglotismo feliz de Bernabé Romeo”, *Analecta Malacitana Electrónica*, 43 (diciembre), pp. 161-165.
- SÁNCHEZ IBÁÑEZ, J. Á. (2017b): “Un año y pico de letras en aragonés”, *Artes & Letras [Heraldo de Aragón]*, 7.12.2017, p. 6.
- SÁNCHEZ IBÁÑEZ, J. Á. (2018): “Memorias trasvasadas por Óscar [Lerín]”, *Artes & Letras [Heraldo de Aragón]*, 19.4.2018, p. 8.
- SAROÏHANDY, J. J. (2005): *Misión lingüística en el Alto Aragón*, ed. Ó. Latas Alegre. Zaragoza, Prensas Universitarias / Xordica.
- SPANG, K. (1993): *Géneros literarios*. Madrid, Síntesis.
- TOMACHEVSKI, B. (1982): *Teoría de la literatura [1925]*, pról. F. Lázaro Carreter. Madrid, Akal.
- VICENTE DE VERA, E. (1992): *El aragonés: Historiografía y Literatura*. Zaragoza, Mira.